

El brillo y el calor

En torno a la última etimología (*re-focilar*) de Ramón Menéndez Pidal

I

Con ya haber sido muy valioso, a causa de la rica documentación textual aducida y de varias sabrosas digresiones históricas, el glosario que acompañaba su edición crítica (1908-11) del *Cantar* o *Poema de Mió Cid*, no cabe duda de que la inspiración y la técnica etimológicas de Ramón Menéndez Pidal alcanzaron su apogeo en sus nutridas notas (1920) a la primera redacción del diccionario de Meyer-Lübke y en la sección lexicológica de los *Orígenes del español*, ya a partir de la primera edición (1926) de esa obra maestra¹. Desde entonces hasta el límite que puso la edad avanzada a su febril actividad de filólogo-lingüista (alrededor de 1960), D. Ramón siguió publicando notas sueltas de contenido o mero sabor etimológicos que mantenían el elevado nivel científico de los años veinte; lástima que no se hayan recogido y reunido en un tomo aparte, con alguno que

(1) A lo largo de los años, me he ocupado varias veces, en clave crítica, con la labor científica de Menéndez Pidal: en una reseña relativamente extensa de su *Toponimia prerrománica hispana* (1952), que salió en *Speculum*, XXIX (1954), pp. 588-94; en un detallado ensayo necrológico, publicado en *Romance Philology*, XXIII, núm. 4 (1970), pp. 371-411; en dos trabajos bastante desarrollados, que están para salir en el próximo porvenir: «Ramón Menéndez Pidal as etymologist» (*Historiographia Linguistica*) y «La última fase (1939-69) de la labor lingüística de Ramón Menéndez Pidal» (*Anuario de Letras*), así como en varios artículos de carácter más técnico y de envergadura menos amplia.

otro retoque o agregado ora entresacado de su propio archivo, ora redactado —con finalidad crítica— por un especialista autorizado. Creo no equivocarme al declarar que su última tentativa de solucionar problemas etimológicos partiendo de una colección de datos todavía poco aprovechados fue un trabajo con que contribuyó a la primera de las dos misceláneas sucesivas en honor de su colega de Basilea, W. von Wartburg ². El subtítulo identifica el carácter y circunscribe el ámbito de ese artículo relativamente breve ("Notas etimológicas e históricas"), mientras el propio título («*Focilare; delphinus*») anuncia la estructura bimembre del trabajo y comunica por anticipado los principales resultados de la investigación, puesto que, en cada uno de los dos casos en cuestión, la incógnita en la ecuación era el étimon latino.

De pasada observo que la ortografía del latín a que acudió el autor en aquella ocasión en general ya estaba superada allá por 1960, aunque sí había estado en boga en las postrimerías del siglo XIX, cuando el joven erudito daba los primeros pasos en el terreno tan resbaladizo de la gramática histórica y de la etimología: falta cualquier indicación de la cantidad de las vocales, rasgo hoy día prácticamente obligatorio en esta clase de pesquisas. Aunque, en el fondo, es de escasa importancia si se pone o se omite el macron en la *i* acentuada de la voz grecolatina *delphīnus*, ya se verá que parecido descuido resultó menos venial en lo relativo a *focilare*, ya que en el latín de la Península debieron de coexistir, en rigor, dos familias léxicas, de abolen-go, significado y andamiaje prosódico enteramente distintos:

a) un tipo adjetival **fōcīle* (quizás ya rodeado de satélites), extraído de *fōcus* 'hogar, fuego' tan familiar —desde hace

(2) «*Focilare; delphinus; notas etimológicas e históricas*», *ETYMOLOGICA: Walter von Wartburg zum siebzigsten Geburtstag...*, Tübingen, 1958, pp. 523-8. Desgraciadamente, no se han salvado numerosas erratas, en general triviales y así fáciles de corregir: repetidas veces, falta de acento o incorrecta separación de palabra; «concejos e» en vez «concejos de» (p. 523); falta de subrayado en «el Quijote» (p. 525); «parace» (p. 526) y «atenermos» (p. 527), en lugar de «parece» y «atenermos», y otros descuidos por el estilo.

largo tiempo— a los romanistas (testigo el fr. *fusil* 'escopeta', adaptación a su vez del it. *fulcile*, que terminó por penetrar en el léxico español, a título de galicismo); y

b) *fōcil-*, tipo esencialmente verbal, en que los estudiosos del latín y los indo-europeístas reconocen con unanimidad un ramo de *fōveō*, *-ēre* 'calentar' y, por añadidura, tal vez de *favilla* 'cenizas'³.

A juzgar por los materiales recopilados y tamizados por el equipo de Ernout y Meillet⁴, están a nuestro alcance las variantes *fōcul-āre* (que, a su vez, alterna con una formación deponencial en *-ārī*), *fōcil (l)āre* y aun *refōcilāre*, conjunto que los latinistas de París tradujeron sin titubeo por 'réchauffer' (es decir, 'recalentar'; cf. *riscaldare* en italiano), agregando que el correspondiente abstracto en *-ātiō* figuraba en el famoso inventario de voces raras pero auténticas que había compilado un tal Paulo, apoyándose en la previa colección de Festo. Dicho sea de pasada, en el sistema léxico del latín ese abstracto se situaba en la proximidad inmediata de *fōmentum*, el cual, absorbido como cultismo en compañía del verbo *fōmentāre*, llegó a estar más en boga en español literario que en cualquier otro idioma occidental.

La revisión que emprendió J.B. Hofmann del diccionario latino de A. Walde confirma de lleno los hallazgos de Ernout y Meillet, agrega varios datos útiles (ante todo, de categoría cronológica) y explica el radical *fōc.* de los verbos aludidos y de *foculum* 'braseo' partiendo del prototipo **foue-c*⁵.

(3) Ya hace más de un siglo A. Vaniček se empeñó en hacer constar que *fōculum* había pertenecido a la familia de *fōvēre*, etc., y de ninguna manera a la de *fōcus*. Véase la 2ª edición de su *Etymologisches Wörterbuch der lateinischen Sprache*, Leipzig, 1881, p. 181.

(4) A[lfred] Ernout y A[ntoine] Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine: histoire des mots*, 4ª ed. (revisada), París, 1959-60, pp. 221b, 243a y 250b, s. vv. *fauilla* [**fouilla?*], *focus* y *foueō*.

(5) Véase la tercera edición, muy ampliada, del *Lateinisches etymologisches Wörterbuch*, t. I, Heidelberg, 1938, pp. 466 y 521. Hofmann define *fōculum* así: 'Wärmemittel, Feuerpfanne' (citando en apoyo un pasaje plautino), interpreta *fōculō*

En lo que sigue, en absoluto me ocupó de la progenie asturiana de *delphinus*⁶, voz cuya trayectoria Menéndez Pidal logró reconstruir en unos pocos párrafos de análisis apretado, colocando el regionalismo *doín* 'delfín' (puerto de Ribadesella) al lado de la correspondiente voz santanderina *do-*, *dujino*, con característica aspiración de la *-f-* y distinto vocalismo protónico⁷. En cuanto a las páginas que preceden a este esbozo, no deja de ser muy conmovedor tropezar con la confesión del propio autor de que ya se le agotaban las fuerzas necesarias para llevar a cabo el examen del problema elegido con la minuciosidad a que había aspirado en un principio: «Recojo notas antiguas, sin tiempo para desarrollarlas debidamente». Raya en la ironía el que precisamente en este trabajo, expresamente dedicado a W. von Wartburg, haya faltado a D. Ramón la energía para consultar el *F.E.W.* de su

como 'calentar, refrescar, restaurar' y asocia el uso del verbo simple con Varrón y el empleo del verbo compuesto, *refoculō*, con la Itala. Pasando a la familia rival, muestra que *fōculus* ('hogar pequeño') ya figuraba en Catón y discute con acierto los brotes, en un principio, adjetivales en *-ācius*, *-āri* (*us*), **-ilis* y *-ulāris*, todos ellos con tendencia innata a convertirse en sustantivos. Se arrima a W. von Wartburg en su evocación de la rivalidad entre *ignis* y *fōcus* como equivalentes de 'fuego' en latín tardío y popular. Nótese que *fōcālis* (que dejó huellas en Cerdeña) no tiene nada que ver con estas dos familias, estando basado en *fōx* como variante vulgar de *faux*; mejor dicho, del plural (mucho más común) *faucēs*, *-um* 'gaznate'. Con esta voz enlazan *ahogar* (en lo antiguo, *afogar*) y el port. *ofegar* 'jadear', sirviendo de eslabón intermedio el verbo *offocāre*, de no relacionarse *ofegar* con el grupo de verbos en *faecar* (vulgares con frecuencia).

(6) La curiosidad por *golfín*1 como variante de *delfín* (Nebrija), a diferencia de *golfín*2, debido a la metátesis de *folguín* (de ahí *golfo* 'salteador', por apócope), ya prorrumpa en las «Etimologías españolas» de Menéndez Pidal que salieron en las pp. 334-79 del t. XXIX (1900) de la revista francesa *Romania*; véase la p. 353.

(7) La página que dedica el autor a la historia medieval y dialectal moderna de *dal-*, *del-*, *dol-fin* (compárese *dauphin* en francés y *dolphin* en inglés) rebosa de información útil, pero adquiere su pleno valor sólo cuando se le suman los resultados de pesquisas anteriores, suyas (ya del año 1900, véase arriba) y ajenas. No se reconoce a primera vista en la exposición de Menéndez Pidal un importante hilillo (además de la aspiración de la *f-/f-*, episodio que, desde luego, comparten las dos biografías léxicas) capaz de juntar los dos problemas que están sobre el tapete. Pues no es mero azar que sus jugosos comentarios sobre *dalfín*, *doín*, *dojino*, etc. sigan tan de cerca al estudio dedicado a *refocilar*. Como expuso con toda claridad (si bien con excesiva brevedad) W. Meyer-Lübke en la última edición de su diccionario, bajo el núm. 2544, varios reflejos dialectales italianos atestiguan la misma metamorfosis semántica, en el norte (Brescia: *dalfí* 'relámpago') igual que en el sur (Basilicata o Lucania: *talfinešá*

colega suizo, por ej. en lo que atañe a las peripecias galorrománicas de **foc-île*, información de tan transparente relevancia para la solución de su propio problema⁸. Por otro lado, si es del todo lícito aplicar el criterio clínico a los tanteos de un erudito de primera fila, parece justo observar que precisamente aquella falta de barniz, debida a circunstancias ajenas a la voluntad del autor, que caracteriza cualquier trabajo hecho a medias, nos permite reconocer mejor que un opúsculo acabado y pulido las últimas raíces de la fuerza tan envidiable y también de alguna que otra deficiencia en el nunca igualado *modus operandi* de Menéndez Pidal.

II

Comencemos con un detallado resumen de sus hallazgos concretos. Le sirve de elegante punto de partida un oscuro dialectalismo asturiano, el cual —así opina— promete proyectar luz directa o indirecta sobre ciertos problemas que ya conciernen al español común. En el oriente de Asturias, en Ribadese-lla, Menéndez Pidal recuerda haber oído, seguramente con marcada anterioridad a la redacción de la nota⁹, el sustantivo

'wetterleuchten', es decir, 'relampaguear, refucilar'). El comparatista de Bonn se adhirió, no sé si con razón, a la sospecha de su paisano Karl Göhri de que bien hubiera podido producirse una caprichosa asociación entre los curiosos saltos que ejecuta el delfín en el agua y determinados cambios rápidos en la configuración del relámpago. Parecido o igual cambio de significado muestran en Ariège — es decir, en la vertiente septentrional de los Pireneos — el verbo en cuestión (*dalfiná* 'relampaguear') y el correspondiente sustantivo (*dalfi* 'relámpago'). Meyer-Lübke refiere al lector a un estudio de J. Brüch, según el cual tal extensión del significado se remonta al griego.

(8) He aquí el esquema que presentó Wartburg hace medio siglo (véase el *F.E.W.*, t. III, Leipzig y Berlín, 1934, pp. 650a-651a; el fasc. 24 salió hacia 1933). Según su parecer, **fócile* debió de ser adjetival y acompañar ora *petra* 'piedra', ora *aciārium* 'acero', ora *catēna* 'cadena'. De tales combinaciones cada vez más habituales se desgajaron varios significados técnicos. Wartburg reconoce una evolución lusohispánica autóctona en port. *fuzil* 'eslabón de una cadena', con una especialización semántica en Sanabria que no había eludido la atención de Fritz Krüger en 1925; pero no vacila en clasificar *fusil* como galicismo. Por todas partes no se ven en la capa antigua del léxico más que formaciones nominales; los verbos (como el fr. *fusiller* y, a su zaga, el esp. *fusilar*) pertenecen a una época posterior.

(9) Desde luego no puedo fechar con mayor precisión los testimonios personales del autor, ya que él mismo no organizó sus notas en orden cronológico. Pero conste que se ocupó intensamente con el asturiano no sólo al tomar sus notas sobre el habla de Lena

rebocilu (var. *regocilu*) 'relámpago (lejano, sin trueno)' y también el verbo correspondiente *rebocilar* 'relampaguear'. L. Rodríguez-Castellano, como portavoz de un grupo de íntimos concedores del dialecto, le confirmó —por comunicación personal— la supervivencia del regionalismo, agregando detalles folklóricos y citando la frase hecha *prau rebocilau* 'prado agostado, que presenta partes amarillentas'. En su papel de colaborador del Atlas Lingüístico de la Península, Rodríguez-Castellano había encontrado, en la misma zona oriental de la provincia, formas como *rejocilu*, *rejocilar* («las habas están *rejociladas* cuando se las ve secas») en los concejos de Parres y Cangas de Onís, mientras en Cabrales la gente acude a las respectivas variantes *rejucilu*, *rejucilar*. Ya el primer examen de ese residuo de formas anima a Menéndez Pidal a calificar las variantes con *-b-* como peculiaridad de una zona aislada (donde alternan [β] y [ɣ] con frecuencia, agrego yo por cuenta mía), y a postular *rehocilu*, producto con aspiración de la *-f-* de *refocilu*, como verdadero núcleo. Corrobora tal análisis el descubrimiento —otro mérito de Rodríguez-Castellano— de *refocil* 'relámpago', otra vez acompañado de un verbo (*refocilar*), en la zona central del dialecto: en Nozaleda (concejo de Caso) y en Pintueles (Infiesto); con todo, las formas con *-f-* escasean en el bable central, pero por compensación sí se oyen en Ribadesella (aunque sólo como variantes aisladas, *refocilu* y aun *refoncilu*¹⁰). En el occidente (Somiedo) ha dejado huellas *refusilu*. La falta absoluta de la voz en Colunga y en Llanes (dos puntos investigados con todo esmero) refuerzan la impresión de con-

(1899) o su conocido primer trabajo de conjunto sobre el «Dialecto leonés» (1906), sino aun decididamente más tarde — por ej., a principios de los años treinta; y que guardaba con todo esmero esos agregados posteriores a sus primeras cosechas, en vista de una previsible edición retocada y muy ampliada de su precitada tentativa de síntesis. Sabido es que esperaba emprender tal proyecto, a partir de los años cincuenta, en estrecha colaboración con sus jóvenes familiares Alvaro Galmés de Fuentes y Diego Catalán.

(10) Sin recapitular aquí mi estudio sobre la nasal epentética en romance (que está para salir en el t. X de los *Proceedings... of the Berkeley Linguistics Society*), observo que la *n* intercalada en la variante bien podría encerrar un eco de la viejísima alternancia *-ns-~-s-*.

junto de que se trata de una voz —mejor dicho, de una familia léxica de extensión mínima— en pleno derrumbe.

En torno a este residuo regional (al que conviene agregar *refuselar* 'relampaguear', recogido —por el navarrés Iribarren— en el distrito de Pamplona) Menéndez Pidal establece una red de representantes de ultramar: *refocilar* (Uruguay), *refucilar* (Ecuador) y, ante todo, *refocil-o/-ar*, *refusil-o/-ar*, *refucilo* y *rejusilo* en la zona platense de la Argentina¹¹. En resumidas cuentas, le parece «indudable que en los siglos XVI-XVIII se usó, aunque poco, en la Península *refocilar* y *rehocilar* 'relampaguear', y entonces pasó este verbo a América». A continuación agrega el testimonio de Puerto Rico, Cuba, Colombia y Venezuela para *fusilazo* (o *fucilazo*) 'relámpago sin ruido'.

Sentado todo esto, el autor pasa a la cuestión de la etimología («bien clara») y, a la vez, reconstruye el encadenamiento de las principales etapas del desarrollo. Señala como étimon el verbo —por lo demás, bien documentado— *refocilare*, insistiendo tan solo en la necesidad de añadir al sentido clásico de 'calentar, reconfortar' el hipotético de *'relampaguear, brillar', que presuponen con unanimidad todos los productos recogidos por los hispanistas de orientación dialectológica. Muestra a las claras que los hablantes ora descomponían la voz en el prefijo *re-* y el núcleo *focilare*, ora la trataban como unidad indivisible, lo cual justifica su escisión ulterior en a) *ref-* (o, con aspiración, *reh-*, *rej-*) y b) *rev-*, por sonorización normal (variante, a lo mejor sólo gráfica, *reb-*)¹² y se-

(11) Se apoya en los informes que proporcionan los lexicógrafos y dialectólogos hispanoamericanos (L. Segovia, A. Malaret, H. Toscano Mateus) y en alguna que otra observación directa que le comunicó *viva voce*, con motivo de su primera visita a Sudamérica, el novelista Carlos María Ocantos. Corroboración inesperada y grata: el lexicógrafo R. Grossmann, de origen teuto-argentino, registró en su *Wörterbuch der spanischen und deutschen Sprache*, t. II: *Deutsch-Spanisch*, Leipzig, 1937, p. 1240b, s.v. *Wetterleuchten*: *fucilazos*, Riopl. *refusilazos*, al lado de *relámpagos (sin trueno)* y *relampagueo (de calor)*.

(12) Este segmento del análisis me parece enteramente realista y convincente; puedo respaldarlo señalando otro caso de escisión, que se produjo en circunstancias

ñala como mera curiosidad el detalle de que, con ser Ribadesella «ya región de *h*, se haya infiltrado allí la forma *rebocilo*».

Siguen varios agregados nutridos. Con su significado clásico, *refocilar* figura repetidas veces en el *Quijote*; además, lo registró, casi simultáneamente, el lexicógrafo C. Oudin (1615). La Academia sigue ignorando en su Diccionario *refocilar* en el sentido vulgar de 'relampaguear', pero por compensación atribuye tal significado a *fucilar*, «que por su *f*- tiene aspecto de ser voz... propia del antiguo reino de León», como opinó también, independientemente, V. García de Diego en su diccionario etimológico del año 1957.

En esta altura, la exposición adquiere por primera vez un tono levemente polémico: después de haber localizado en Portugal *fuzil* 'relámpago', 'eslabón de encender lumbre' y el verbo correspondiente *fucilar* 'centellear, brillar', Menéndez Pidal se apresura a hacer constar su doble desacuerdo a) con J. Corominas quien, en su *Diccionario crítico etimológico* de los años 1954-1957 —fiel a ciertas ideas que había concebido durante su breve residencia y magisterio en Mendoza (Argentina)— opinó que tal verbo migratorio había pasado directamente, como otros «occidentalismos», de León a América (Menéndez Pidal prefiere intercalar una etapa andaluza en su itinerario); y b), con la propia Academia Española, la cual, a partir de la 13ª (1899) ed. de su Diccionario, siguió enlazando *fucilar* con el it. *fucile* 'eslabón'. El resto del artículo está dedicado a la demostración pormenorizada de que «ni el origen leonés, que parece evidente, ni menos el origen italiano, están apoyados por la historia del vocablo». La mayoría de los detalles de esa demostración, por muy instructivos que

bastante parecidas. Examinense las dos trayectorias paralelas de *repudiare* en la Península: *repuyar*, var. *repuchar* frente a salm. *rebojo* 'restos, residuo', etc. que tracé en mis *Studies in the Reconstruction of Hispano-Latin Word Families*, Berkeley y Los Angeles, 1954, pp. 69-71.

sean, ya no nos concierne directamente¹³. Sólo en el párrafo final el autor reanuda la discusión estrictamente etimológica, y este resumen me parece tan instructivo que merece citarse extensamente:

«En cuanto a la etimología creo, con respecto a *refocilo*, que no debemos atenernos al supuesto adjetivo sustantivado **focilis*, sino tomar como base el verbo *focilare*, pues *fucilo* es por su forma un post-verbal y por su significado se refiere a una acción verbal y no a la entidad sustantiva del eslabón [de una cadena que se extiende del hogar]. Debemos pues suponer que en latín *focilare*, además del significado clásico 'reanimar', significaba 'brillar, relampaguear', lo mismo que *refocilare* antes tratado».

III

El que *fucilo* y sus variantes, lejos de descender por transmisión directa del presunto adjetivo **fōcile*, representen en realidad formas regresivas y así presupongan, implícitamente, la previa existencia de un verbo, me parece evidente. Lo único que se echa de menos en el argumento del autor es una tentativa paralela de explicar los sustantivos casi sinónimos con sufijo *cero*, una serie que abarca *fuzil* 'relámpago' en portugués, *fucil* 'relámpago (sin ruido)' empleado por el escritor cordobés del siglo XVI fray Alonso de Cabrera, así como el precitado *refocil* asturiano. El verdadero problema que se nos plantea en esta encrucijada es decidir si ese verbo, de impor-

(13) El autor recuerda a sus lectores que, si la Academia recogió el verbo simple, sin el prefijo, para la edición 11ª (1869) de su prestigioso diccionario, fue porque hace siglos lo había aprovechado Fernando de Herrera en sus poesías. Los académicos lo tacharon de poético, definiéndolo así: 'fulgurar, rielar', debiendo este último verbo definidor ('brillar con luz trémula'), de abolengo dudoso, su propia entrada a un famoso verso de Espronceda. Menéndez Pidal no titubea en vincular la preferencia de Herrera con una tradición local de Sevilla, recordando a este propósito un pasaje de Francisco Imperial, en un «decir» del año 1405: «*focilar* en centellas de bivo carvón» (*Cancionero de J. A. de Baena*, fol. 206a). Véase más abajo lo que se puede sacar en limpio (o, por lo menos, conjeturar) sobre el carácter de esta tradición (¿popular o culta?).

tancia capital para la operación entera, era el auténtico descendiente del viejísimo verbo *fōcilāre* 'calentar' (pero que se desvió algo de la línea recta a raíz de un notable cambio de significado), o —alternativa alarmante— si en el ínterin había cristalizado otro verbo, a saber **fōcīlāre*, a lo mejor ya en latín vulgar tardío, después de haberse borrado la cantidad de las vocales como rasgo estructural pertinente. En tal caso se trataría, en el fondo, de un fenómeno de grave confusión léxica; de un traslado espontáneo, inconsciente de una red entera de derivados (con o sin prefijo) de una familia para otra —proceso de injerto rara vez observado de cerca pero por cierto no inaudito¹⁴. Hay más: surge el dilema entre dos posibilidades de engranaje, según los etimologistas dibujen de un modo o de otro los detalles de la transmisión. En efecto, es concebible que el aludido traslado o salto (que, en el fondo, constituye un típico «error lingüístico», para aprovechar la familiar terminología del *Manual de gramática histórica española*), no representaba más que un desliz característico del habla espontánea —quizás provinciana o regional— de la gente humilde de muy viejo arraigo que, aprendiendo el latín, se equivocaba fácilmente de la prosodia en casos enrevesados¹⁵. A la inversa, no es absurdo sostener que, independientemente

(14) Algo remotamente parecido se dibuja en la historia del italiano, donde *pare-re* 'parecer' se opone, en lo que concierne a su clase de conjugación, a *apparire* 'aparecer', *sparire* 'desaparecer', etc. Siendo muy excepcional tal distribución (la relación de *vertere* a los compuestos en *-vertire* y aquella de *lucere* a *rilucere* tienen carácter muy distinto), no cabe descartar la posibilidad de que, a raíz de la confusión de *pārere* y *pārēre* en latín vulgar, la dicotomía *pārere: imperire* (que se explica bien en el nivel del indoeuropeo, según demostró A. Meillet), haya dado lugar, en territorio italiano, a *pārere: *appārere* (en vez de *-ēre*), con lo cual se explicaría la paradoja susomencionada.

(15) Máxime tratándose de una familia léxica tan caprichosa, para los oídos de un bárbaro, como *fōveō/fōtus/fōcil(l)āre*. Para apreciar ciertas delicadas alternancias apofónicas de las vocales latinas, los lejanos antepasados de los castellanos carecían de cualquier preparación necesaria. Si aprendieron a distinguir la *è* de *vēnīō* 'vengo' de la *ē* de *vēnī* 'vine', dado el contraste gramatical así puesto de relieve, no se orientaban en el matorral de *tégula* 'teja' frente a *tégō* 'cubro', o de *régula* 'regla' frente a *régō* 'rijo'. No puedo explayarme aquí para repetir lo que, a este propósito, ya quedó expuesto en *Language*, LX (1984), pp. 70-114.

te de la corriente popular, la equivocación se haya repetido en la época del Prerrenacimiento y de los albores del Humanismo. A buen seguro, no faltan paralelos de tales inexactitudes¹⁶. De ser así, algunos poetas y prosistas eruditos, al pedir prestado *focilar* a sus modelos, es decir a los clásicos de la literatura latina, le atribuyeron por descuido un inexacto valor semántico. Tampoco es inconcebible (aquí surge la tercera posibilidad) que lo que los desorientó, en Córdoba y Sevilla, era su previo conocimiento, desde la infancia, del respectivo uso dialectal. Huelga instar en que la gran mayoría de los escritores del Siglo de Oro (y no solo Cervantes), al recurrir a *refocilar*, respetaban la gama semántica legada por el latín clásico, pero favorecían, dentro de esos límites, el matiz figurado ('animar, prestar fuerza') al básico ('calentar'). Es curioso observar qué papel la alusión a la temperatura desempeña en este sector del léxico (*refresco, refrigerio, refocilar*), quedando representados ambos extremos de la escala.

Pongámonos de acuerdo, de manera preliminar, sobre las condiciones que, según parece, controlaron aquel cambio todavía mal definido, ora se tratase (como propuso Menéndez Pidal) de una extensión del significado primitivo de una sola palabra, sin que se supiera nada de las fases intermedias; ora se reconociese como más probable la hipótesis de un salto del

(16) Un ejemplo particularmente instructivo es el de *suppeditare* 'suministrar' o 'ser suficiente', el que, al quedar absorbido como cultismo, no tardó en adquirir («¿por azar?») el significado de *suppedare* 'subyugar, sojuzgar', de manera que en cierto estadio del desarrollo *sopear* y *supeditar* corrían parejas, funcionando como unos dobles. Véase lo que digo a este propósito, a base de materiales abundantes, en los precisados *Studies*, pp. 85-86. Es curioso (pero no chocante) que el italiano mostrase mayor cautela al adoptar cultismos; testigo el sentido que conservó allí *rifocillare* 'reavivar, refrescar', — *lo stomaco* 'tomar un refresco (un bocadillo, un tentempié)' — ¡a qué distancia nos encontramos aquí de ciertos tropiezos del *refocilar* hispánico! El examen más agudo de aquel vaivén léxico de una época de transición, como lo fue el siglo XV en España, lo ofrece María Rosa Lida de Malkiel en la sección «Lengua» de su libro tan nutrido, *Juan de Mena, poeta del Prerrenacimiento español*, México, 1950, pp. 231-322. Léase en particular lo que puntualiza en lo tocante a los «latinismos a medio romancear» (p. 263), característicos más bien del ambiente y de la época que de los descuidos del propio Mena.

aparato morfológico completo de una familia léxica para otra. Sea como fuere, tropezamos con tres elementos (o ingredientes) que conviene no perder de vista:

a) El parecido acústico de α) **focil-*, derivado de *fócus*, y β) *fōcul-*, *fōcil(l)-*, satélite de *fōv-eō*, *-ēre*;

b) la marcada afinidad mutua de las sensaciones humanas afectadas por el calor y el brillo, parentesco motivado por el hecho —familiar a todo el mundo— de que el fuego (y el sol) son las fuentes comunes de todas las experiencias sensorias en cuestión, cualquiera que sea el prisma del idioma a través del que cada cultura particular percibe tales fenómenos de la naturaleza;

c) La oportuna circunstancia de que el prefijo *re-* está, hasta cierto punto, a caballo de las reacciones humanas verbalizadas a los efectos del calor y del brillo, dentro de la tradición latina, si bien en cada uno de estos dos sectores del léxico *re-* desempeña un papel algo distinto. Así, en el fr. *réchauffer* (frente a *chauffer* y *échauffer*) igual que en el esp. *recalentar* ('calentar de nuevo, volver a calentar') el prefijo sugiere la repetición más bien que un aumento de la intensidad, mientras que en el fr. *reluire* y *resplendir* (así como en el esp. *relucir*) evoca la acción de los reflejos ópticos que, en determinadas circunstancias, aumentan y realzan el efecto del brillo¹⁷.

Todos estos factores autónomos puede ser que hayan coadyuvado a establecer el contacto entre los respectivos reinos de la temperatura y de la fulguración en la imaginación de los hablantes. Pero ninguno de ellos por sí solo hubiera bastado como para llevar a cabo tal trastrueque del aparato léxico-gramatical. Así, en italiano coexisten tranquilamente desde hace siglos, por un lado (en sentido físico o traslaticio), *accalorare*, *infiammare*, *(ri)scaldare* '(re)calentar' y, por el otro, *ri-*

(17) Rastreo las peripecias de *esplender* y *resplandecer* en un artículo que acaba de salir en Francia: *RLiR*, XLVII (1983), pp. 217-297.

fulgere, rilucere, riluccicare, risplendere 'resplandecer', sin que a nadie —que yo sepa— se le haya ocurrido transponer una voz que figura en una de estas dos series a la serie paralela. Lo mismo pasa, a no ser que me equivoque, en los demás idiomas occidentales, con lo cual la conjetura de Menéndez Pidal que, haciendo caso omiso de la tal divisoria, opera con un espontáneo desarrollo semántico de *fōcilāre* en la dirección del brillo en seguida pierde mucho terreno.

Sumando, pues, los hallazgos de Menéndez Pidal (y de quienes le ayudaron con sus informes dialectológicos) a cuanto sacaron en limpio los latinistas y a lo que consiguieron averiguar los filólogos comparatistas, principalmente los de lengua alemana, parece que el proceso entero se puede descomponer en las siguientes etapas:

a) En un período primitivo, seguramente antes del desmoronamiento del Imperio, **fōc-īle*, tal como lo reconstruyeron Meyer-Lübke y Wartburg, dejó depósitos en las zonas gallego-portuguesa y leonesa, así como en Sanabria, con clara alusión a la cadena del 'hogar' en una casa rural de esa región conservadora (que correspondía a la «Hispania ulterior» de la administración romana). No se reconoce ningún enlace con el brillo, y resulta muy floja la asociación con el calor, si es que existe. La función es básicamente sustantival.

b) *Fōcil(l)āre* y otros derivados verbales que caben dentro de la jurisdicción semántico-gramatical de *fōveō, -ēre* en latín clásico, pasan por una reinterpretación total en el latín rústico coloquial que se desarrolla en la España septentrional. Quizás bajo la presión de **fōc-īle* (y también la de *fōc-āceu* y de otros brotes de *fōcus*), el verbo se aleja paulatinamente de la sensación del calor, acercándose gradualmente a la esfera visual del 'brillo (corusco o fulgente)'. La coexistencia de *refōcilāre*, ya en la Antigüedad, debió de reforzar la aplicación de esta voz al relámpago lejano y sin ruido. Así se llega al uso dialectal asturiano y navarro, básicamente verbal.

c) Los poetas prerrenacentistas (comenzando —muy a principios del siglo XV— por Francisco Imperial) y, en su séquito, aun los del Siglo de Oro, sin excluir a alguno que otro prosista, se asieron del cultismo (*re*)*focilar*, pero, a diferencia de sus colegas italianos, a veces sin conservar escrupulosamente el valor exacto que la voz había tenido en latín. De ser verdad que la zona original del verbo cuyos vestigios se conservan hoy en el norte extremo de la Península se extendió mucho más hacia el mediodía, es verosímil que la presión de tal uso rústico haya desempeñado cierto papel en el proceso posterior del desvío o «desdibujamiento» semántico del cultismo. Corren parejas el testimonio literario renacentista de fray Alonso de Cabrera (*focilo/fuzilo, fucilar*) y el dialectológico (granadino) moderno de A. Alcalá Venceslada (*fusilazo* 'luz intermitente del faro').

d) La pléyade de los sustantivos dialectales que, a pesar de la acción del polimorfismo, no representan en el fondo más que una sola voz, cuyo significado corresponde por todas partes a 'relámpago (lejano)', son desde luego, en la gran mayoría de los casos, formaciones netamente postverbales, según ya hizo constar con acierto Menéndez Pidal. No causa sorpresa el predominio de la variante en *-o*, seguramente sugerida por el género y la desinencia de *relámpago*; pero la variante, también masculina, con sufijo cero (port. *fuzil*, and. *fucil*, ast. *refocil*) se comprende sólo de suponerse que se ha sobrepuesto la innovación (*re*)*fucilar* al viejo **fōc-īle*, adoptando alguno que otro rasgo de su forma¹⁸.

e) Dado el papel que cupo a Sevilla en la cristalización del español colonial de ultramar, crece la posibilidad de que el

(18) Aunque falta por hacer el estudio definitivo del tipo *desdén* (frente a *desdeñar*), port. *escol* 'selección' ~ *escolha* (frente a *escolher* = esp. *escoger*), se puede dar por sentado que se trata de un esquema más bien excepcional, en gran parte limitado a préstamos (por ej., a los provenzalismos), que en el fondo nunca llegó a echar raíces. Por lo demás, en español antiguo la variante favorecida era *desdeño*. Se desprende del importante estudio de Joanne Martín Baldonado que el prefijo *re-* armonizaba con la selección de la desinencia *-o*; véase *Romance Philology*, XXXV, n.º 1 (1981), pp. 64-79, esp. 73.

tipo *refucilar* (Argentina y otros varios países de la América central y meridional) se haya propagado desde aquel emporio andaluz, donde quizás se apoyaba en el uso plebeyo paralelo al asturiano y navarro de hoy y seguramente se oía en la boca de los cultos (testigos Francisco Imperial —ya en tiempos del *Cancionero de Baena*— así como, en fecha posterior, Fernando de Herrera y el predicador fray Alonso de Cabrera).

La confusión de *fōc-* y *fōc-* postulada aquí parecerá, aun al lector escéptico, menos inverosímil tan pronto como se dé cuenta de que la familia léxica de *fōc-* adolecía, para los oídos de un provinciano, de un extraño diapasón de variación prosódica. En el paradigma del verbo que encabeza la familia convivían *fōv-*, *fōv-* y *fot-*; en la periferia de la familia se había atrincherado *fōc-*, que se desprendía de *fōculum* y de *fōcil(l)āre*, *-ulāre*. Ahora bien: este tipo de variación apofónica, sin duda grato a los oídos de los ciudadanos de Roma, debía de estar a contrapelo de los latinohablantes radicados en Cantabria y en las zonas adyacentes.

En otro estudio de publicación reciente conseguí demostrar que el intercambio de *tēgō* 'cubro, protejo' y *tēgula* 'teja', de *rēgō* 'dirijo' y *rēgula* 'regla', etc. a la larga resultó intolerable en aquel ambiente, de manera que el contraste de cantidad vocálica terminó por borrarse, con notables reverberaciones en el desarrollo ulterior de la fonética española¹⁹.

Debieron de coincidir con tal tendencia hacia la nivelación vocálica varios factores adventicios de carácter algo distinto; por ej., las circunstancias de que *fōcus*, a su vez, era el centro de una familia de tamaño impresionante (si bien de orientación cultural principalmente culinaria y gastronómica) y de que ciertos derivados que se correspondían en ambas familias se parecían mucho, como para confundir al hablante ingenuo, descuidado o indiferente. Elocuente ejemplo de tal

(19) Véase a este propósito mi artículo «Old Spanish resistance to diphthongization, or previous vowel lengthening?», *Language*, LX (1984), pp. 70-114.

parecido, basado en un paralelismo no falto de riesgos, debieron de ser *fōculus* (m.) 'pequeño hogar (del altar)', empleado por Juvenal, frente a *fōculum* (n.) —con la *o* larga garantizada por la métrica de un pasaje plautino—; roce tan cargado de peligros que los propios escritores y, sin duda, los hablantes contemporáneos tendían a asirse de esta última voz tan solo en el plural, y de aquella preferentemente en el singular. Así no se puede descontar la alta posibilidad de contactos —ora deliberados juegos de palabras, ora equivocaciones involuntarias—, toda clase de trastrueques, seguramente esporádicos al principio, que marcaron el acercamiento mutuo y, al final, el cruce o la amalgama de dos familias de apariencia excesivamente semejante y de remota afinidad semántica. Así no es de extrañarse que la previa formación de *fōculāre* y, a su zaga, de *fōcilāre* y aun *fōcillāre* haya estimulado a los hablantes a acuñar **fōcīlāre* partiendo ya de *fōcus* ya de **fōc-īle* en alguno que otro rincón de la República o, en época subsiguiente, del Imperio. Por remate, el uso, abonado por los textos, de *refōcīlāre* 'recalentar' en contextos que evocan las condiciones diarias de la vida (nótese el empleo paralelo de *reheat* y *warm up* u *over* en inglés, de *réchauffer* en francés, de *riscaldare* en italiano, de *aufwärmen* en alemán, de *nagrét'* en ruso) hizo eco a la evocación, mediante el mismo prefijo *re-*, de la intensidad o enérgica repetición de un (reflejado) brillo deslumbrador. Por lo tanto, se produjo un entronque de varios factores, capaz de llevar a cabo en territorio español una confusión cuya fase primordial ya se dibujaba en el latín de Italia.

IV

El trabajo que hemos ido discutiendo, redactado por Menéndez Pidal ya muy anciano —fruto de un esfuerzo heroico, de una hazaña— muestra, en una forma casi grotescamente exagerada, la profunda discrepancia entre los dos planos de su obra como historiador del idioma: el plano hispánico y el latino. En su papel de estudioso de la lengua española traba-

jaba con ejemplar lentitud, meditando cada paso, revisando su estrategia, acumulando materiales valiosos y, en gran parte, desconocidos a lo largo ya no de años, sino de decenios. De resultas, el paisaje, por decirlo así, de la lengua española, en ininterrumpida proyección histórica desde la Edad Media hasta muy entrado el siglo presente, parece en los magníficos cuadros que nos legó entrecortado de sierras, ríos, lagos y bosques. Por curiosa polarización, el paisaje correspondiente del latín (para nada decir del griego, del visigótico o del árabe) salió de las pinceladas de D. Ramón bastante escueto, austero y abstracto. Le faltan casi por completo variaciones de forma y de significado, transiciones, combinaciones fijas de tipo fraseológico, alusiones sueltas a deslices de escribas o a casos de titubeo métrico, a juegos de palabras, a intercambios de niveles de estilo. Parece que el autor ya no quería asumir la responsabilidad por los detalles de tales paisajes ajenos; que aplazaba su intervención hasta el último momento. A veces el lector queda con la impresión de que, concluido con extraordinario ahínco y entusiasmo el expediente de una familia léxica española, el autor se contentaba con echar una rápida ojeada a un diccionario latino (a veces anticuado) —como si el paisaje de la lengua de Plauto, Petronio y Juvenal estuviese menos variado y «accidentado» que el de una lengua románica medieval o de un dialecto moderno. Si no me engaño, no hay modo más apropiado de continuar la obra tan espléndidamente iniciada por D. Ramón que empeñarse en restablecer el equilibrio entre los dos planos.

SUPLEMENTO

A pesar de la riqueza del inventario dialectológico de Menéndez Pidal, se impone la necesidad de hacer unos cuantos agregados.

Para la documentación del antiquísimo *fuθil* como término del mobiliario rural se puede señalar la descripción, acompañada de un dibujo, de Guzmán Alvarez, *El habla de Babia y Laciana*, Madrid, 1949 (=R. F. E., Anejo 49), p. 295: 'palo del que se cuelgan las *pregancias*' (es decir, una cadena de hierro). Parece que *facil* alterna con *perguleiru*.

Ha provocado muchas discusiones la relación de *fo-* y *fu-cil* (*azo*) con *fusilar*. Así, Max L. Wagner, después de hacer constar que en el Nuevo Mundo *fusilar* se emplea en sentido tan amplio que ya no presupone obligatoriamente el uso de un arma de fuego (*fueron fusilados a machete*), examina en su libro de divulgación los términos meteorológicos (*fusilar* 'balenare a secco', *fusilazo* 'lampo di calura non accompagnato da tuono') como si perteneciesen a la misma familia léxica (*Lingua e dialetti dell' America spagnola*, Firenze, 1949, p. 35). No cabe duda de que, seducidos por la norma local del seseo, varios lexicógrafos hispanoamericanos aceptaron la grafía con *s*, aun cuando se daban cuenta de que en otras partes del dominio castellano era de rigor el empleo de una *c*; así procedió J.V. Solá, *Diccionario de regionalismos de Salta*, Buenos Aires, 1947, p. 252a, a propósito de *refusilada* o *refusilo* 'relámpago', *refusilar* 'relampaguear'. Pero Solá y otros sabían que, a esta duda en lo que tocaba a la sibilante, se agregaba otra, en lo que atañía a la vocal velar, recordando, por ej., que en Uruguay se había registrado *refocilar*; tampoco olvidaban el contorno semántico bastante fluctuante de *fusilar*, ante todo en estilo familiar y festivo (p. 138b: 'poner lavativas'). B.E. Vidal de Battini, *El habla rural de San Luis, I: Fonética, morfología, sintaxis*, Buenos Aires, 1949 (=B.D.H.A., t. VII), p. 144, no habiendo oído en su pro-

vincia más que *fucilazo* 'relámpago sin ruido que ilumina la atmósfera en el horizonte por la noche', *refucilar* 'relampaguear' y *refucilo* 'relámpago', pero dándose cuenta de la preferencia de su compatriota Segovia por la grafía rival *refocilar*, concluyó que esta última reflejaba una innovación debida al deseo de los hablantes de alejar en la medida de lo posible el verbo de contenido meteorológico de su homónimo *fusilar*. Pero como se infiere del material reunido por Menéndez Pidal, la forma primaria era la con *o*, y no con *u*, de manera que la proximidad de *fusilar* 'ejecutar' actuaba en aquel rincón más bien como imán. A tal interpretación alternativa se inclinaba, implícitamente, T. Navarro Tomás, *El español en Puerto Rico; contribución a la geografía lingüística hispanoamericana*, Río Piedras, P.R., 1948, p. 200, cuyo breve comentario resultó muy elocuente: «*Fucilazo* 'relámpago', pronunciado *fusilazo*, se considera relacionado con el fagonazo del fusil». Claro está que un erudito de la talla de Navarro no podía contentarse con la grafía tan realista como simplista de Ciro Bayo, *Manual del lenguaje criollo de Centro y Sudamérica*, Madrid, 1931, pp. 120, 216: (*re*)*fusilar* 'relampaguear', *fusilazo* 'relámpago que se advierte de noche'. No conviene descartar del todo la sospecha de que somos testigos de un proceso más complicado, de dos fases por lo menos: a la atracción inicial, que llevó al triunfo del nombre del arma de fuego y del verbo correspondiente, pudo haber seguido, en algunas partes, una tendencia diferenciadora. De haberse pasado las cosas así, no es una exageración declarar que el recurso a los prefijos *a-* y *re-* servía, ante todo, el propósito de diferenciar los dos contextos. El uso de *afusilar* por 'fusilar' en Méjico y en otros países de Hispanoamérica ha sido observado por C.C. Marden y, a su zaga, por P. Henríquez Ureña; véanse los comentarios de este último en el t. IV de la B.D.H.A. encargado a él (*El español en Méjico..*, Buenos Aires, 1938, pp. 102, 315) y compárense con las «Notas de morfología dialectal» redactadas por Ángel Rosenblat en el t. II (Buenos Aires, 1946), pp. 239-41, 247 de la misma serie.

Es cierto que el agregado de *a-* ora como vocal epentética, ora como prefijo semánticamente vacío se podía realizar de cualquier manera; pero se comprende infinitamente mejor añadiéndose este motivo particular de diferenciación léxica a todas las demás corrientes que podían actuar en el proceso.

Las *Adiciones al «Vocabulario navarro»*, Pamplona, 1958, de J. M. Iribarren no agregaron nada de nuevo, para nuestro propósito, a lo que anteriormente había traído la edición original del *Vocabulario* (1952); ya nos consta que Menéndez Pidal aprovechó con acierto alguno que otro informe. De ser correcto que 'refocilo' (usado como glosa de *refocileo*) corresponde a 'refocilación', es decir, a 'alegría, excitación, regocijo, etc.', la sustitución —en escala local— de *-o* por *-eo* había de dar mayor relieve al carácter iterativo y, por lo tanto, intensivo del sustantivo verbal; compárese *relámpago* con *relampagueo*, que acompaña el verbo en *-ear*, y nótese el salmantino occidental *relampear*, elaboración a su vez del esp. ant. *relampar*, como ya se desprende de la vieja monografía de J. de Lamano y Beneite. Para volver a Navarra, ¿es lícito sospechar que el cambio de *-ci-* en *-se-* que consignó ya en 1952 (pero dejó sin explicar) J. M. Iribarren (p. 437ab) representa (igual que el aludido juego de los prefijos *a-* y *re-* en Hispanoamérica) una tardía tentativa de diferenciar *refuselar* 'relampaguear' de *refocilar* 'animar, alegrar'?

YAKOV MALKIEL

Universidad de California, Berkeley